

blemas y sucesos de nuestro tiempo y el de la ilustración gráfica requirieron despliegue, uno de tenacidad y el otro de insistencia. Que la arqueología figurara en la revista y a ser posible en casi todos los números, tampoco fue cosa comprendida de inmediato. En este aspecto hasta la participación posterior de don Alfonso Caso en la Junta de Gobierno se debió a proposición y a gestiones mías ya que las relaciones entre ustedes, por razones que usted me expuso, se conjugaban a la sazón en tiempo frío.

A todo lo cual debe añadirse la publicación de libros complementarios de las secciones, a la que puso usted resistencia algún tiempo.

Y nada se diga de la constitución material, desde el dibujo y disposición de la portada y forros hasta los caracteres del papel y los detalles de impresión más nimios. Me incumbió a mí determinarlo todo.

Y aquí, sin el menor deseo de mortificarle, me creo obligado a decir que, en contraste con su eficacia en resolver los problemas de organización material y obtención de fondos, no recuerdo ninguna aportación suya en aquellos aspectos fuera del carácter bimestral de la revista frente a mi insistencia que debiera ser mensual. Quizá olvido cosas. Si me las indicara lo reconocería con gusto.

Entiendo que esa «maternidad» que he venido atribuyéndome se encuentra certificada por mi dedicación íntegra, abnegada, sacrificada incondicionalmente a la perfección y mejor desarrollo de la revista, sin aprovechamiento, afectación ni alardes, que suele ser la de las madres hacia sus hijos. No huelga quizá recordar que durante los largos meses que duró la gestación viví económicamente a salto de mata, reservando la plenitud de mis actividades para la revista futura, sin saber siquiera si iba a encontrar en ella algún medio de vida. Y por lo que a esto se refiere, es de creer que el trabajo con que contribuí al nacimiento y aparición de Cuadernos valía probablemente algo más que los ciento cincuenta pesos mensuales que —teniendo quizá cuenta de mi condición de padre de familia y de mi calidad de Presidente de la Junta de Cultura Española— se me entregaron a partir del otoño y durante varios meses por realizar las siguientes labores: secretaría o codirección, como quiera llamársele; solicitud de colaboración; recepción de visitas; ilustración gráfica sin medio alguno; corrección de originales y de pruebas; vigilancia en la imprenta durante veinte o veinticinco días cada dos meses, tarea que durante algún tiempo fue exigente; correspondencia literaria y administrativa; pagos y cobros; contabilidad —rudimentaria, naturalmente—; distribución en México; anuncios, etc. Durante no pocos meses me incumbió tocar todos los instrumentos de la orquesta, sin olvidar la escoba y a ratos el manejo de la batuta. Más tarde se duplicó mi estipendio y se me descargó la contabilidad. Pero me inclino

a creer que no serán pocos los economistas y sociólogos que estimando la cantidad y la calidad del trabajo rendido, piensen que mi contribución económica personal a la financiación de Cuadernos fue bastante importante.

Ante sus amigos materialistas históricos suele usted complacerse en hablar del «milagro» de Cuadernos que atribuye usted a la amistad. Sin desconocer la parte que a la amistad puede caberle, ¿no cree usted que, mirado el fenómeno en su conjunto, es esa una perspectiva incorrecta y que el centro miracular gravita más bien en otra parte, quizá en el entusiasmo «a mil por ciento», al acierto y constante iniciativa que el espíritu del pueblo español sacrificado supo, al remitirse al Nuevo Mundo, infundir a quienes sintieron vocacionalmente la defensa de su causa? ¿No serán los demás elementos complementarios? Y en consecuencia y por ejemplo ¿no será un poco pueblerina, un tanto distanciada de la realidad, la adulación emitida públicamente en uno de los actos de Cuadernos –tan venidos a menos– y sin que se sintiera usted obligado a oponer la rectificación más ligera, que el mérito de la revista le correspondía íntegramente a usted, como quien dice, asignándose-me a mí –la generosidad de los zánganos, hueros como se sabe de nacimiento por más que se precien de escritores, suele ser mucha– el papel de simple y hasta casi enfadoso ayudante en cuanto «infatigable abeja surrealista»?

Independientemente de la Junta de Gobierno que sólo actuaba en ocasiones solemnes y que por lo general se limitaba a dar su visto bueno a los proyectos que le eran sometidos, los asuntos de la marcha de la publicación solían ventilarse en el seno de un pequeño comité de iniciativas constituido por lo regular por usted, León Felipe, Imaz y yo. Allí se debatían los problemas democrática y amistosamente, con ventaja, claro está, para el modo de ver y de sentir de los tres componentes de la Junta de Cultura Española. De este modo, sus fuertes instintos de mando, visibles desde un principio y no por mi parte sin sorpresa, pudieran moderarse y ser compatibles con el impulso creador de la revista.

Duró esta situación bastante tiempo. Cuadernos funcionó, a mi juicio, correctamente, como un instrumento al servicio de una empresa de creación cultural nueva y ambiciosa, afirmando posiciones neomúndicas y universales que si después no se han sostenido, catastraron el ámbito para el futuro. Se trataba de ir creciendo, de ampliar el campo de operación donde sembrar al voleo toda clase de estímulos. Claro que siempre adoleció Cuadernos de un defecto fundamental apenas paliado por el esfuerzo que infundía la esperanza de que algún día, al crecer de la empresa, pudiera corregirse: la desproporción entre lo inmenso de las pretensiones y lo limitadísimo del material humano con que para llevarlas adelante se contaba. La organización de las secciones, dirigidas teóricamente cada una por

tres miembros de la Junta, no funcionó nunca bien ni se hizo lo más mínimo porque funcionara. Más colaboraciones fructuosas no las hubo. A fuerza de inventiva y de dedicación entusiasta se pudo, no sin dificultad, ir sosteniendo la inadecuación entera la carrocería aparatosa y el motor movido a brazo. Así nuestro flamante automóvil fue avanzando mientras se pudo, que fue hasta el fin de la guerra. Entonces, poco a poco, nos detuvimos. Entiendo que su actitud de usted fue particularmente a partir de entonces –hablo desde el punto de vista exclusivo de Cuadernos– errónea, porque en vez de utilizar las circunstancias propicias de aquella oportunidad para reavivar el entusiasmo y el espíritu de iniciativa empezó usted a ahogarlos al someter dictatorialmente la revista a sus propias conveniencias. Cada vez ha sido más fuerte e inconsiderado en usted desde aquella época –error grande– el deseo de sentirse jefe máximo y usufructuario de su destino. Le hablo, ya lo ve usted, con franqueza. Fue error grande porque en cuanto por mi parte vi que el convenio equitativo que tácitamente regía entre nosotros había caducado y que Cuadernos había dejado de ser una idea en marcha hacia grandes y humanas cosas a cuyo servicio nos encontrábamos los en ella interesados, cada cual con sus posibilidades, y se desaprovecharon las ocasiones magníficas que ella misma había contribuido a promover, la tensión de mi entusiasmo declinó sin remedio. Se lo hice saber amistosamente más de una vez ya en 1945 sin lograr que concediera usted a mis dichos importancia. En adelante empecé a sentirme «empleado» de Cuadernos, ganándome modestamente el pan, «jineteado» como se dice en México con palabra que me gusta por lo gráfica, puesto al servicio de algo que quien labora ciertos campos no puede acatar. Paralelamente fue creciendo su afán de sentirse factotum y, lo que es peor, de haberlo sido siempre, tendencia que ha seguido en aumento hasta hoy. El hecho de haber sustituido mi nombre las dos veces que figuraba en la revista, sin respetar siquiera la página dedicada a la Junta de Gobierno, por los de los Sres. Rangel y Loera es bien significativo, porque inequívocamente pretender dar a entender que Silva más Rangel más Loera son igual a Silva más Larrea y, por tanto, que lo que hacía Larrea en Cuadernos es igual a lo que ahora hacen Loera más Rangel. Las páginas anteriores esclarecen lo que el particular tiene de cierto y el respeto que a su juicio merecen las maternidades. Error grande también, porque no se engaña usted sino a sí mismo. Las cosas del Espíritu no se tratan a lo «macho», que es la fórmula destructiva del pasado mexicano, sino a lo «hembra» que es la del futuro. La creación espiritual exige esa maternidad, esa aptitud de la propia vida a ser fecundada por el amor al contacto de una causa que la merezca. Más, el Nuevo Mundo llegará a ser porque América es sustancialmente Madre y en ella habremos de serlo todos. La esterilidad es el pago de las otras, en el fondo bochornosas, actitudes.